



Anthropologica del Departamento de
Ciencias Sociales
ISSN: 0254-9212
anthropo@pucp.pe
Pontificia Universidad Católica del Perú
Perú

Rivera Andía, Juan Javier
Revista de Antropología. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Época 4, Número 5, 2007
(publicado en octubre de 2008).
Anthropologica del Departamento de Ciencias Sociales, vol. XXVII, núm. 27, diciembre, 2009, pp. 219-
222
Pontificia Universidad Católica del Perú
San Miguel, Perú

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88636917012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

***Revista de Antropología*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Época 4, Número 5, 2007 (publicado en octubre de 2008).**

La última edición de la *Revista de Antropología* de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, aunque con algún retraso, ha sido finalmente publicada. Se trata del quinto número de la cuarta época —no la quinta como, por error, se dice en la carátula— de la revista.

Dividiré mis comentarios en dos partes: la primera estará dedicada al contenido de la revista; y la segunda, a su estética (consciente de que es un aspecto comúnmente menos tratado en las reseñas de textos).

En primer lugar, el fondo de la revista. A primera vista, llama la atención la proporción entre los autores de fuera (que son solo tres) y los autores peruanos (que suman doce). Esta es una tendencia que contrasta con otras revistas peruanas de ciencias sociales, y también con aquellas que se publican en español. Por ejemplo, el último número de la revista homónima publicada por la Universidad Complutense de Madrid tiene una proporción casi exactamente inversa en cuanto a la procedencia de sus autores (dieciséis de fuera, y dos locales).

En cuanto a los artículos, estos se pueden agrupar, según sus intereses, en tres grupos más o menos contrastados. El primer grupo muestra un marcado interés por los vínculos entre la etnohistoria y la etnografía (es el caso, por ejemplo, de los trabajos de Román Robles y Sabino Arroyo). Se trata pues de esfuerzos enmarcados en un viejo interés de la antropología andinista. El segundo grupo se interesa más bien en las circunstancias políticas actuales de la sociedad rural (como los artículos de Rommel Plasencia, y de Suarez y López). Aquí nos encontramos con un interés que también cuenta con una tradición de estudios previos. Basta recordar los trabajos impulsados por José Matos Mar —uno de cuyos artículos más conocidos es reimpreso en la revista— en la década de los setenta. Finalmente, hay aun un tercer grupo, que indaga en los autores más influyentes para la antropología en el Perú (es el caso de Mercedes Giesecke y de Hernán Amat). Este es un tema menos común en la disciplina, aunque los logros recientes de autores como Carmen María Pinilla están cambiando un poco la situación. Advirtiendo que no todos los artículos pueden incluirse en alguno de estos tres grupos —pues no se trata de un número temático—, vamos a comentar brevemente algunos de los que ya hemos mencionado antes. Los artículos de Román Robles y Sabino Arroyo echan mano de constantes analogías entre el pasado y el presente a través de ritos (como la Limpia de acequia en Huanri, del 12 al 16 de setiembre), creencias (como el papel del maíz multicolor «misha»), pero sobre todo por medio de

temas míticos panandinos (como el tema del mundo sin fuego y dominado por el hambre, el de la destrucción del cuerpo infantil para la multiplicación de la vida, el del hijo de la mujer salvaje y del sol (como lo es Inkarrí), el del presente mediocre frente al pasado, excesivo, y, finalmente, el de las «aldeas sumergidas» o «dioses miserables»). Ambos autores realizan así un notable registro de la historia oral en la región. Es el caso, sobre todo, del trabajo de Sabino Arroyo, quien además identifica con nombres y apellidos a quienes se nos enseñaba, hasta hace poco, a llamar «informantes». En el texto de este autor, ellos son personas concretas, identificables. Los trabajos de Robles y Arroyo, al mismo tiempo, hacen un uso frecuente de dos términos en los que bien vale la pena detenerse cuando se trata de investigar la mitología andina: «Dioses» y «sacerdotes». No hay pocos antecedentes de esta opción. Es verdad que José María Arguedas, en su traducción del manuscrito de Huarochirí, ya usa estos términos en el título del libro, aunque sin analizarlos. También es cierto que trabajos tan conocidos como los de María Rostworowski, no solo usan estas nociones sino que además proponen una especie de panteón de dioses prehispánicos más o menos identificables por ciertas características propias. Queda abierta la pregunta, sin embargo, de si el análisis de los temas míticos no sería más fructífero y consecuente con el carácter de la mitología amerindia, que la búsqueda de dioses con una «identidad» propia.

El segundo grupo de interés de la revista podría ilustrarse cabalmente con el artículo de Rommel Plasencia, profuso en datos cuantitativos (aunque, al mismo tiempo, no escatima en referencias literarias). El artículo discute el problema del turismo en una región del norte del Perú. Su alusión comparativa a la «musulmanización histórica y social» de la ciudad española de Granada, recuerda inmediatamente el conocido trabajo de Cecilia Méndez, «Incás sí, indios no...», al que sin embargo no se hace referencia. Otro rasgo notable del texto de Plasencia es el tono de denuncia social del que está impregnado, algo tan poco usual en la antropología peruana de hoy como las citas de Jorge Luis Borges.

Otros ejemplos de este grupo de interés son los trabajos de Alessandra Ciattini, Luis Alberto Suarez y María Arisa López. La primera adopta una perspectiva muy en boga hoy en los estudios sobre la cultura en el Perú: ver el ritual como una expresión de microrelaciones políticas. Al mismo tiempo, el análisis de Ciattini hace interesantes y poco usuales referencias a ritos europeos y a creencias bíblicas. Por su parte, Suarez y López se interesan en la relación entre las empresas privadas con vocación internacional y las comunidades campesinas locales del valle del Mantaro. Nos dejan, al final, una excelente pregunta: ¿cómo se transforma la visión que tienen los campesinos sobre los alimentos y comidas?

El tercer grupo temático de la revista puede ser ejemplificado por el trabajo de Mercedes Giesecke. La autora hace una evaluación detallada del papel de Luis E. Valcárcel y de José María Arguedas en la educación pública de la década del cuarenta. Tenemos aquí una mirada bastante precisa de los avatares burocráticos del arribo del indigenismo al Estado peruano. Hubiese sido oportuno quizá dar también una mirada crítica a estos dos autores cruciales de la antropología en el Perú. ¿Dónde está el Arguedas «purista» que dictaminaba qué trajes típicos era auténticos en los concursos y festivales de folklore? ¿Qué ha sido del Valcárcel dubitativo acerca de la condición mestiza en el Perú? Preguntas más urgentes quizá surgen también cuando leemos este artículo: ¿Dónde están los trabajos etnográficos que Arguedas realizó, en el marco del Estado peruano, en coordinación con Valcárcel? En sus cartas a este, Arguedas menciona, por ejemplo, fotografías de un ritual cuya complejidad está hoy casi extinta en el valle del Mantaro: el «zafa casa». ¿Dónde se encuentran estas fotografías y las grabaciones de música que hiciera Arguedas de los grupos folklóricos que debían solicitarle una certificación de entidad «cultural»?

Otro ejemplo representativo de este tercer grupo de interés es el homenaje que escribe Hernan Amat sobre el ya centenario Claude Lévi-Strauss. Hubiese sido interesante, con todo, que este sucinto recuento de su trayectoria mencionara las relaciones de Lévi-Strauss con Sudamérica. Podrían citarse como ejemplos su influencia en el Perú a través de los trabajos de sus alumnos, el debate más o menos actual sobre la calidad de su «trabajo de campo» en Brasil, y la importancia de las «Mitológicas» como un análisis literario profundo.

Finalmente, conviene hacer mención de los aportes estudiantiles, cuya inclusión es una valiosa iniciativa de la revista. Encontramos aquí, en el informe sobre Ancash, un testimonio «inocente» de la experiencia en los Andes rurales de un estudiante extranjero de antropología. También vale la pena notar el informe con mitos recogidos en Huarochirí (sierra de Lima), donde uno termina preguntándose quién es el autor de los mitos (¿lo es David Gutiérrez, que los transcribe; lo es Arnaldo Tello, que los cuenta; o ambos, o ninguno?).

No quiero terminar esta parte de la reseña sobre el contenido de la revista, sin remarcar una ausencia notable: las reseñas de libros. Se trata, sin embargo, de una constante en todas las publicaciones académicas que atañen a la antropología en el Perú.

Ahora podríamos agregar algunas líneas sobre la estética de la Revista de Antropología de San Marcos. Aunque es un comentario poco usual en las reseñas, me parece útil. No porque esta revista tenga una estética o diseño muy distintos

de sus pares, sino precisamente por lo contrario. A través de ella, podemos aludir a las otras, tanto o más conocidas en nuestro medio. Considero, pues, que la apariencia, la forma de una publicación nos dice también algo sobre cómo se piensa y se ve la comunidad académica que la produce.

La caratula está consagrada a una sola imagen: una foto titulada «tradición y modernidad en Huanucopampa». Un hombre adulto toca un instrumento de viento y aporrea un tambor delante de un micrófono y un público que nos hace pensar en un concurso folklórico. Puede suponerse que el micrófono y la espectacularización del patrimonio musical de un pueblo están representando la «modernidad». Y que, por otro lado, la «tradición» está implícita en la imagen de un hombre tocando instrumentos asociados en el Perú a los espacios rurales. Ambos conceptos son casi omnipresentes en gran parte de la literatura antropológica en el Perú. La carátula reincide en ellos y asienta así a la revista en esas preocupaciones.

La contracarátula es más diversa. A diferencia de la portada con una sola foto, esta contiene seis imágenes yuxtapuestas. Aludiendo al homenaje que contiene, vemos un retrato de Lévi-Strauss. A esta representación del «pensamiento antropológico» se contraponen todas las demás imágenes que se reparten del siguiente modo. En primer lugar, destaca la foto de unas cordilleras nevadas, posible emblema del espacio andino en particular y del espacio lejano de lo exótico en general. En segundo lugar, encontramos una foto de chozas campesinas y otra de restos arqueológicos; ambas, representaciones más o menos evidentes de los objetos de reflexión de los antropólogos, quizá sobre todo de aquellos que exploran los vínculos entre un pasado andino y un presente mixto. Finalmente, otro par de imágenes parecen evocar esta vez a los interlocutores usuales de los antropólogos en el campo: la del individuo indígena que descansa al borde del río y la del grupo de danzantes en un concurso o espectáculo.

Hasta aquí, pues, nuestro comentario de la Revista de Antropología de San Marcos. Solo resta decir que apreciamos mucho su publicación y la continuidad de este esfuerzo de nuestra escuela más antigua.

Juan Javier Rivera Andía